

CARTAS DE UN FLOJO

I

¡ORIENTALES Y BASTA!

Mi querido amigo:

Mucha paciencia te pido y que conserves quedas las manos y la lengua. Si no te sientes con fuerzas para hacerme esa concesión, renuncia a leer estas líneas, rómpelas y hazte la cuenta de que como tantas otras, he dejado sin respuesta la última tuya. Porque si tanto te ha mortificado mi anterior apreciación acerca de los orientales, tus compatriotas —y los míos, si el hecho de nacer y educarme en la pintoresca Montevideo determina la tal afinidad, de lo cual no estoy muy convencido—, me imagino el efecto que las verdades de a puño que aquí pienso estampar, te producirán, y me asalta el temor de que me sueltes, a pedirme cuenta de mi osadía, a ese charrúa que tienes adentro, y que parece haberse parapetado en el espíritu de la mayoría de los orientales, desalojado de los breñales del terruño, para asestar a la Conquista sus últimos tiros de boleadoras.

Es cierto que fue bastante hiperbólico mi calificativo de suizos a los orientales, pero sujeta al indio, y óyeme.

Si me contabas con gran alborozo que en el ejército conquistador de la China formaban varios orientales, que otros compatriotas peleaban heroicamente al lado de Krüger, y que hasta en la revolución colombiana un hijo de Montevideo mantenía bien alto el pabellón de las nueve listas, echando a vuelo las campanas de tu regocijo an-

te la inmensa honra que estos hechos reflejan sobre la pequeña tierra uruguaya ¿cómo no apagar tus entusiasmos? ¿Cómo no llamarte a orden, poniendo las cosas en su lugar para hacerte comprender que la exportación de semejantes productos desacredita una plaza; que nada ganamos con que en Transvaal o en Colombia o en la China se sepa que los orientales —si es que por tales y no por americanos, como ha de suceder, distínguense esos aventureros—, son más o menos arrojados, y por último, que es triste, muy triste, que un país quiera imponer a la consideración humana la más inútil, la más despreciable, la más estúpida de las funciones orgánicas de sus habitantes?

¿He dicho un país? Y lo sostengo, puesto que no se me ha de negar que así como un pueblo vive orgulloso con la producción cerebral de sus hijos o la excelencia de sus manufacturas, la vanidad nacional uruguaya más que sobre otra cosa, se afirma en el desamor al pellejo de los descendientes de Artigas y Goyo Suárez.

Por aquí se dice: "Orientales y basta", y ahí ustedes se llenan la boca con la frase. "¡Orientales y basta!" Ya se sabe que a patriotas y a guapos, nadie les pisa el poncho. Sobre todo a guapos. Se les podrá negar cualquier otra condición, sin que se ofendan mayormente, pero al que se atreva a decir que tienen el cuero para negocio, si no le demuestran prácticamente lo contrario, a puñetazo limpio, para convencerlo de su crasísimo error, le paran un rodeo con los bravos 33, y los defensores de Paysandú, y los mártires de Quinteros, y los hermanos Valiente y cuantos Juanes, Pedros y Diegos han sido héroes y víctimas de los centena-

res de jornadas sangrientas que han saturado el espíritu nacional de tan belicosas gallardías.

El calificativo de flojo tiene mayor fuerza deigrativa entre los orientales que en cualquier otra parte del mundo. Es meños despreciable un rate-ro que un maula. Fulano podría ser inteligente, pero no ha peleado nunca, ni siquiera ha estado en una patriada. En cambio a Zutano el fragor del combate le vigorizó el cerebro, y el olor a sangre humana le despejó el espíritu. Lo recibió bruto y nos lo devolvió casi sabio la guerra.

Cierta vez dos escritores se trabaron en agria polémica por si el uno se había portado mejor que el otro en tal batalla. ¿Los recuerdas? Daniel Muñoz y Eugenio Garzón. Pujaban por su reputación intelectual...

De los periodistas, Fulano es el mejor porque insulta y se queda en guardia blandiendo la hoja de su facón veterano. Zutano, que vierte ideas sobre el papel sin agresivos desplantes... Zutano, es un "poroto". Y de los hombres públicos son líricos, si no desvergonzados y camanduleros, los que predicán la fraternidad, y avezados estadistas, aquéllos que pueden ostentar en sus cuerpos mayor número de melladuras y cicatrices ganadas en las cuchillas de la patria. ¡Oh, las cuchillas de la patria!

Me atrevo a afirmar que hoy hemos menester bañar en esa maravillosa pila sacramental nuestras molleras catecúmenas para ser ungidos filósofos y sabios, artistas y poetas, financistas y hombres de estado, y hasta me sospechó que de sus vertientes ha de emanar una purificadora legía que limpie las roñas humanas, pues más de un caso conozco de

truhanes que han vuelto de una patriada convertidos en honestos y beneméritos ciudadanos.

De modo, pues, que miramos al través del valor las condiciones buenas o malas de cada individuo, como a través de los cristales de un antejo de teatro; aunque con la variante de que para observar las últimas, las malas, invertimos el aparato. Y de ahí que Fulano, aunque blanco, no sea tan mala persona si se ha fogueado en los campos de batalla, y el colorado Zutano merezca la consideración de sus contrarios si ha sido capaz de tamaña bizarria.

Unos a otros se miran con el antejo vuelto.

¿Que se han quedado "épatés" los porteños con nuestras frecuentes asonadas? Ya lo creo. Como que en esta tierra no se hace otra cosa que alabar el coraje oriental. Tienen tanto —me decía uno de ellos— que cuando han comentado bastante los episodios heroicos de una revuelta, preparan otra para tener después de qué conversar. Y yo no protesté de la ironía, y te aseguro que escucharla después de recibir tu carta con la pregunta transcrita, alborozado le estrecho al hombre los cinco y le digo: ¡Usted, usted sí que nos adivina! ¡Métase en aquella tierra, observe un poco y póngase inmediatamente a escribir la más entretenida de las apologías!

Porque como tú, piensan todos, casi todos los orientales. "Epater" a los mortales que no han tenido la dicha de nacer a la sombra de los talas de la patria chica, con su arrojo, con su altivez, con su amor al terruño y, por efecto de la terrible suficiencia determinada por tales cualidades,

con todas sus obras, con todas sus cosas y con las cosas todas que encierra la prodigiosa pera criolla embanastada entre el Cuareim y el Plata, el Uruguay y el Atlántico.

Dí si no es cierto que para ustedes los poetas que cantan los primores únicos de su suelo y de su cielo son los más inspirados, los estadistas que manejan sus destinos los más sesudos, sagaces florentinos sus políticos, Castelares sus tribunos, brillantes sus periodistas, magníficos sus pintores? ¿Que las mujeres son las más hermosas y las ciudades las más pintorescas y los prados los más feraces y las carne las más sabrosas, y las frutas las más exquisitas; que el dinero vale más y el comercio es más honesto; que los médicos son los más humanitarios y los letrados los menos tunos?...

¿A qué no me nombras más de diez uruguayos que no anden siempre acompañados por este largo cortejo de patrióticas pedanterías? Si lo haces, si lo que te digo no es la verdad en cueros, te autorizo a que me sueltes el indio.

Mientras tanto, perdona mi rudeza; te la has merecido, y recibe a cuenta de los que irán en mi próxima, este consejo que transmitirás con la suficiente elevación de criterio, para no ver en mis censuras mezquinos móviles.

Sean ustedes menos guapos. Tengan más amor a la vida, que concluirán por no despreciar tanto la del prójimo. Sean menos localistas. Ningún pedazo de tierra nos ha parido. Ella entera nos pertenece con su oxígeno y su sol, y es dominio que tienen derecho a usufructuar por igual todos los hombres... Además, Pulgarcillo ya no mata gigantes. Que lo digan los boers.

Y no siendo guapos ni patriotas, dejarán de ser políticos.

Serán entonces más humanos, más generosos; desceñirán de prejuicios el espíritu y no volverán a mirar hacia el Poniente.

Hasta pronto se despide tu amigo afectísimo,
Florencio Sánchez

P. D. — Dime. ¿Por qué Roxlo ataca a Garibaldi? ¡Era tan peleador y tan guapo! — F. S.

II

NO CREO EN USTEDES

Mi querido amigo:

Tienes razón. Pero es únicamente ante las majestades de la patria y del coraje que son ustedes solidarios y se respetan. En lo demás... observa el espectáculo: Cuestas, gobernando con blancos y colorados; blancos contra Cuestas, colorados contra los blancos y contra Cuestas, blancos con los colorados y contra los blancos, colorados contra los colorados, Cuestas contra los blancos, contra los colorados y... con Cuestas; colorados herreristas, tajistas, simonistas y blancos de Saravia, de Aguirre, de Terra y de Acevedo; constitucionalistas sueltos, constitucionalistas con o contra Cuestas, los blancos y los colorados; todos hablando, hablando a la vez o gritando o vociferando; aquí y allá, ojos que centellean, puños en alto, garrotes que amagan, boleadoras que zumban; los rencores explotando a la vez en todas partes, todos los hígados en plena y perpetua erupción... y, de cuando en cuando, por sobre la babélica algarabía, los plañidos del doctor Aramburu, nuevo Mario, que

se pasa la vida regando con sus lágrimas las ruinas de la fraternidad uruguaya.

De una manera más sintética, aunque un tanto campechana, le definía hace algunos años a Carlos María Ramírez, el espíritu burgués más sano y más equilibrado que haya producido la cepa oriental, la situación de los partidos políticos de esa tierra. Los blancos —le decía— son una bolsa de gatos, los colorados otra bolsa de gatos y los constitucionales cuatro gatos en una bolsa. Y él aprobaba con su sonrisa melancólica.

Es que ello era realidad pura. Y lo es.

Nacidos de chulo y de charrúa nos queda de la india madre un resto de sus rebeldías indómitas, su bravéza, su instinto guerrero, su tenacidad y su resistencia, y del chulo que la fecundó la afición al fandango, los desplantes atrevidos, los dobleces, la fanfarronería, la verbosidad comadreira y el salvazo por el colmillo, elementos constitucionales más que suficientes ambos para generar los vicios y defectos de eso que ha dado en llamar nuestra megalomanía raza de los Treinta y Tres.

De tal herencia fisiológica conservamos muy acentuados los rasgos del chulo padre. Nos parecemos más a papá. La afición nuestra a la política es importación pura de la tradicional Puerta del Sol. Más: Montevideo, toda la República es una reproducción ampliada de aquel conversadero madrileño que nos describen los costumbristas españoles. Entre comer, beber, conversar de política y darnos de navajazos, repartimos el tiempo.

¿Tienes noticias de parte alguna donde la política, piedra mordiente que desgasta las energías morales y físicas de los hombres, tenga más subordinados?

Casualidad es que no nazcamos los orientales arrullados por el estruendo de un motín; en seguida, a la vez que a decir mamá o papá, la solicitud paternal nos enseña a pronunciar el nombre del caudillo de su preferencia; en las escuelas elementales aprendemos geometría y gramática blanca o colorada y a rompernos la crisma a pedradas por el caudillo de uno u otro color; desde los escaños universitarios, tamizamos por nuestro criterio partidista a Voltaire y a Kant y a Rousseau y a Hegel, y cuando abandonamos las Facultades con nuestro título debajo del brazo, nos dirigimos a tranco largo a llevar la ofrenda de nuestro saber oficialmente consagrado, a la comunidad política a que han pertenecido nuestros padres, nuestros padrinos, el maestro normalista, el catedrático universitario y el cacique que ha llevado de la rienda nuestros juveniles ardores.

Y los de una colectividad política, si hemos resultado poetas, a cantar a los héroes de la causa; si periodistas, a batallar por ella; si abogados, a fabricarle leyes; si médicos, a organizarle servicios sanitarios; si financistas a manejarle el tesoro; si ingenieros, a medir campos de batalla, y mientras no hagamos poemas, ni leyes, ni ambulancias, ni operaciones de crédito, ni determinaciones geométricas, tenemos que pensar en que debemos ir pensando en esas cosas, y las proyectamos, nos las narramos, las discutimos y nos damos de mojicones con los de la fracción contraria que se ocupan a su vez de resolver idénticas cuestiones, y como el tiempo que se ha de perder siempre sobra, aún nos queda un rato disponible para relacionar nuestras cuestiones políticas con el planeta Marte y la Vía Láctea y entregarnos con singular ardor a rebatir

las leyes de su existencia sideral. Verbigracia: el bardo Roxlo a guitarrazo limpio con los jóvenes colorados a propósito de Garibaldi, y todo el país convulsionado asistiendo al lírico pugilato absorbido por él.

Y el asunto Garibaldi no es más que un cuarto intermedio, un paréntesis al habitual debate. El descanso del Cid.

¡Lástima de tiempo derrochado en el culto de lo nimio, de energías absorbidas por lo secundario!

Te declaro con toda franqueza que quisiera ser más optimista acerca de la suerte de ese país; pero no puedo, no puedo ver de color de rosa lo que se está poniendo de un gris muy oscuro. Creo que tengan ustedes las bellas condiciones de que me hablas, pero nada positivo espero de ellas, desde que veo a esa intelectualidad joven quemándose las cejas sobre amarillos mamotretos, empeñada en desentrañar enseñanzas de las epopeyas de nuestra raquílica existencia americana, en vez de ocuparse de los hermosos problemas científicos que agitan las mentalidades contemporáneas, agrupada en pos de las tibias resacas del primer gaucho clásico que se le ocurre héroe, enarboladas a guisa de ideal, o de las piltrafas vivas de cualquier pseudo caudillo, tropero de pasiones, en lugar de estar con los que desde ahora trazan rumbos sobre el porvenir, desperdiciado en una subordinación lamentable de lo que vale a la insignificancia, toda su exuberante vitalidad!

No creo en ustedes, patriotas, guapos y políticos.

Tuyo.

Florencio Sánchez

III

IDOLOS GAUCHOS

Mi querido amigo:

Aquí de tu benévola condescendencia. Voy a ocuparme de algo que tal vez te hiera más que todas las cosas dichas en mis cartas anteriores, del partido al que aún perteneces y al que en otros tiempos estuve yo incorporado: del partido blanco.

Empezaré con un poco de historia fresca. Allá por el año 1895, considerando nosotros los blancos: 1º que hacía 33 años que no gobernábamos, y 2º que Idiarte Borda lo hacía muy mal, resolvimos adoptar el recurso extremo de las armas para reconquistar el Estado y labrar la felicidad de la patria. Al mismo tiempo que a nosotros se le ocurrió igual cosa a don Aparicio Saravia, estanciero del Cordobés, ex jefe de una revolución brasileña, poseedor de cierto prestigio y algunas lanzas, y todo fue pensarlo y pronunciarse con un puñado de criollos, ganándonos el tirón. El día de ese pronunciamiento, el doctor Aureliano Rodríguez Larreta, constitucionalista, comentábalo en mi presencia en las oficinas de "La Razón", y nos contaba que durante los preparativos de la revolución del Quebracho había ido a pedir al doctor Pellegrini una partida de lanzas destinadas a la fuerza invasora.

—¡Cómo!, —había exclamado éste— ¿todavía pelean con chuzas los orientales?...

Y aseguraba el doctor Rodríguez muy triste porvenir a sus compatriotas al convencerse de que diez años después "todavía peleaban con chuzas!"...

Deshecha la montonera de Saravia, organizamos

via y su prole, pasa con los demás militares de menor cuantía surgidos de la partida del 97, también ídolos gauchos con redoma y santuario. ¿Qué extraña morbosidad ha determinado en ustedes esa inexplicable devoción al fetiche de ñandubay?

¿En ustedes, inteligentes, estudiosos y altivos?

Puedes creer que si algún dolor he experimentado al escribir mis epístolas precedentes, nada me ha sido tan penoso como constatar y hacer públicas estas verdades. Conservo más de un recuerdo grato y cariñoso de ustedes y de ese pedazo de la tierra, y suaves sedimentos de mis pasadas veleidades, y sé que al sinapismar las llagas produciré grandes escozores. No te ofendas. El enfermo nunca guarda rencor al médico que trata de curarlo.

Afmo.,

Florencio Sánchez